

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO II

Núm. 78

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)

Eula capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 8 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 1.º DE ABRIL DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

LLUVIA

En pleno día y en el campo se tiende la vista en lontananza y la mirada se pierde en una interminable extensión de terreno limitada por un ángulo en que la tierra y el cielo asemejan dos planos inclinados que se confunden en una inmensa superficie recta, donde termina aparentemente lo que puede dominar el ojo humano, límite que abarca el hombre y que es finito como cuanto es hijo de la materia perecedera. Todo tiene su límite irrefragable para los mortales, la felicidad, el dolor, la ambición, la riqueza, la avaricia, ya por la terminación de la existencia, fin de las aspiraciones, ó porque éstas llegaron al sumum, al máximo y la inteligencia humana, que á veces ve vencido su orgullo y su inescapable sed por la realidad que es fría y no adula, sino que muestra la verdad de las cosas, nos dice que es imposible llegar más allá.

La vista se pierde en el límite del horizonte y de la tierra, contemplando una superficie verdagueante y un cielo de purísimo azul que no empaña una sola nube, alumbrado por un sol ardiente de estío que abrasa como la fiebre, como el amor cuando no es dominado por la razón, ó como pudiera hacerlo la elevada temperatura de una bien encendida estufa. Su calor es impropio del invierno que muere para dejar paso á la primavera. Ante él se enerva el cuerpo, experimentándose una languidez, un decaimiento y una pereza propia de los interminables días del verano en que el sol permanece casi doce horas en el horizonte.

La siembra que sintió agradecida las primeras caricias de las lluvias otoñales, resistiendo valientemente las heladas del triste invierno, se detiene en su crecimiento y se hace menos intenso su verdor ante la falta del nuevo riego de la naturaleza, tan necesario para el completo proceso de su vida, que ha de traer aparejado el bienestar del labrador, la alegría de la familia, la actividad en toda la labranza y ser la primera fuerza motriz que comunique el movimiento anhelado para el complicado engranaje agrícola que comienza al depositar la semilla en la madre tierra y termina al encerrar en el granero el cereal que ha de convertirse en dinero y pasar al mercado para constituir el más imprescindible y necesario alimento.

La tierra dió los primeros pasos y con trabajo impropio dió salida á la planta, esperando en vano que la lluvia viniere por su parte á completar la obra del hombre. El labrador contemplaba sin cesar el firmamento henchíendose de gozo su pecho y renaciendo en su mente la esperanza cada vez que á lo largo del espacio azul veía blanquear la pureza del color y aparecer la nubecilla que semeja al principio tenue mancha, había de agrandar adquiriendo mayores proporciones y fertilizar la tierra con su bienhechor riego.

Todo fué en vano. La limpidez un instante alterada por los tonos blanque-

cinos recobró prontamente su primitivo aspecto, volviendo á aparecer con el hermoso azul, inimitable modelo para el pintor que deseara trasladar al lienzo un efecto de luz ó un rayo de sol; pero tristísimo para el labrador que vislumbraba tras tal placidez la negrura de la sequía con sus terribles consecuencias, como se vislumbraba tras el semblante hermosísimo de una sirena los peligros que puede ocasionar si fiados de su armonioso canto nos acercamos para ser una víctima más de sus engaños. La sublimidad del peligro atrae; lo terrible tiene un inexplicable misterio que parece arrastrarnos hacia él y si no resiste la voluntad pagaría-mos con nuestra vida tal atracción, á la que no pudimos con facilidad sustraernos.

Así ocurre con el cielo azul y el sol que luce con la fuerza del estío, espectáculos inimitables tras de los cuales viene la sequía con su cohorte de miserias, penas y tribulaciones. El ánimo se entristece ante lo funesto de sus consecuencias, malas para el desgraciado labrador que confió á las veleidades de la naturaleza sus afanes y sus trabajos, oponiendo para él la persistencia del cielo límpido y la falta de agua la total ruina de los suyos. ¡Triste profesión que goza contados momentos de reposo, compartiendo el tiempo mientras labra la tierra en mirar el estado de ésta é inquirir del cielo si ha de premiar sus afanes enviando la bienhechora lluvia; imprescindible auxiliar sin la cual se neutralizan los efectos de su trabajo, que empieza con las rosadas tintas de la aurora y termina con el crepúsculo de la tarde!

La decoración cambia; el panorama primaveral da paso á algunas nubecillas que encapotan el azul del cielo; el aire silba con zumbido de titán y la naturaleza parece que al fin se apiada del angustiado labrador que ve en la sequía su inevitable y próxima ruina; llueve al fin y las primeras gotas llevan la alegría donde antes reinaba el desconsuelo ante el futuro mal. Los pechos antes angustiados, henchidos ahora de gozo dan gracias por el agua que tanto necesitaba la tierra.

¡Bendita sea la lluvia que sólo trae en pos de ella venturas y alegrías!

La muerte del torero.

I

Sembrándolo de galas y colores gozosa multitud el circo llena...
Brilla radiante el sol, cuyos fulgores dan esplendor á la animada esena.
A una señal, los bravos lidiadores pisan gentiles la tostada arena, y acallando los múltiples rumores largo aplauso de júbilo resuena...
¡Incomparable cuadro! La alegría doquier asoma y por instantes crece: alienta á la bizarra torería, en los ojos del pueblo resplandee, en la tierra y en el cielo resida parece. Suena el clarín... La multitud curiosa, hacia el toril dirige su mirada de ver al toro aparecer ansiosa, y á empezar se apercebe la jornada

de un paisano, mi amigo de colegio. Acababa de llegar de la provincia y ya no tenía para comer. Calcílese usted qué previsión y qué manera de hacer las cosas.

En la carta me decía el amigo que el muchacho prometía, y que conociendo mis aficiones y desahogada posición, me lo recomendaba para que sirviera de padrino. Fui tan tonto que tomé en serio mi papel de protector y le ofrecí darle una peseta diaria (á título de préstamo, para no ofender su delicadeza), y él se prestó á copiar en limpio algunas de mis producciones. Cada día, al terminar su trabajo tomaba la consabida peseta y se iba haciendo siempre muchos aspavientos de hombre pundonoroso y tratando de pintarme su sentimientos por las molestias que me ocasionaba, por que, eso sí, á cómico y farsante no le ha ganado nadie. Una vez le dije:
—Ya usted á hacer el favor de entregar esta carta al mozo de la esquina para que la lleve á donde indica el sobre,—y le di dos reales para el mandadero.
La carta era para una novia que yo tenía en aquella época, una pobre muchacha muy guapa, pero sin un céntimo, que vivía en Chamberí. Ya le he dicho á usted que contaba entonces veinticuatro años y que atravesaba una crisis de tontería aguda. Además de que hablaba con ella por las noches, habíamos convenido en escribirnos diariamente. Pues verá usted; al otro día, al salir á genio me indicó al despedirse:
—Si tiene usted que mandarme algo al mozo de cuerda, déme lo y se lo entregará.
Le dí la carta y el dinero, y desde entonces, siempre al terminar su labor, antes de marcharse, tomaba la epístola que ya tenía yo escrita y los cuartos para el mandadero.
Al cabo de una semana me dijo:
—He encontrado una ocupación para las tardes, que me produce alguna ganancia. En adelante podrá pasar sin la peseta que ha tenido usted la bondad de darme diariamente hasta aquí, y en cuanto pueda devolveré á usted lo que le debo.
Continué yendo á casa por las mañanas, como de costumbre, y yo seguí dándole la carta en cuestión para que se la entregara al mozo. Efectivamente, al cabo de cierto tiempo me devolvió lo que le había prestado.
Cuatro meses después, paseando con mi novia por la Moncloa, vi que ésta saludaba afectuosamente á un hombre que pretendía ocultarse entre los árboles. A pesar de sus precauciones porque no le viese, le reconocí. Era el poeta en ciernes, mi secretario.
—¿De qué le conoces?—pregunté á la chica.
—De verle en casa cuando me lleva tus cartas. ¿Comprende usted la manía del jovencito? Es decir, que por consideración á ser recomendado de un amigo no le mandaba que llevase por sí mismo billetes amoscosos; y él, que por lo visto no se creía rebajado

De pronto biende el aire el lastimero grito de espanto que el concurso lanza, al ver que el bruto se vuelve fiero, y aún con vigor para matarlo alcanza al bravo espada que le hirió cartero. Con hábaro coraje le acomete, le engancha, le derriba, le volteá, y sin que nada su furor sujete, cada vez más airado le arremete y el corazón le parte en la pelea...
Doloroso terror y desconcierto causa el cuadro á los otros lidiadores: ¡que es mucho ver sobre la arena yerto al que há poco, entre alardes y primores de su ciego valor y su destreza, del animal burlaba la fiera! Mas por sarcasmo del deber severo, han de dar al olvido el trance duro cuando secan del circo al compañero...
Y el pueblo acepta... porque está seguro de que siempre el deber es lo primero. Y como sólo á divertirse ha ido y poco esfuerzo el olvidar le cuesta, de su memoria aparta lo ocurrido, y é solaz su espíritu se apresta mirando sucederse distraído los pintorescos lances de la fiesta.

III

¿Y el muerto?... Sólo está... Por llanto y duelo tiene el rumor de muchedumbre humana que aplaude y grita con creciente anhelo; y por sinóbre de campana á su trágica muerte consagrao, ¡el toque alegre del clarín sonoro, que le anuncia al concurso entusiasmado la salida á la arena de otro toro!...

SERAFÍN ALVAREZ QUINTERO.

CUENTOS ESCOGIDOS

LADRON

—Pues ese poeta egregio... sí, señor, egregio le llamaba esta mañana un periódico; ese vate admirado y venerado por varias generaciones, del que los versos se han vertido á todos los idiomas... ese poeta ha sido ladrón. Me ha robado á mí.

El cortejo entraba en la Puerta del Sol entre la muchedumbre, que se descubría respetuosamente al paso del coche lujoso, cargado de pesadas y ricas coronas.

El banquero omnipotente seguía rezongando en mis oídos con su voz parda.

—Sí; ese genio ha sido en su juventud un golfo. Entonces no se daba ese nombre á los de su calaña; pero no importa, era un golfo. Voy á contar á usted cómo se las arregló para estafarme. Yo tenía en aquella época veinticuatro años y había dado en la manía de escribir artículos literarios y versos... ¡jocosas de chicos! Afortunadamente fué una locura pasajera; ¡pobre de mí si no me hubiese dedicado después á cosas más formales! No porque me faltaran condiciones de escritor, sino porque esa profesión es propia sólo del que no sirve para nada de provecho.

Una tarde se presentó en casa ese monstruo de la poesía con una carta

de un paisano, mi amigo de colegio. Acababa de llegar de la provincia y ya no tenía para comer. Calcílese usted qué previsión y qué manera de hacer las cosas.

En la carta me decía el amigo que el muchacho prometía, y que conociendo mis aficiones y desahogada posición, me lo recomendaba para que sirviera de padrino. Fui tan tonto que tomé en serio mi papel de protector y le ofrecí darle una peseta diaria (á título de préstamo, para no ofender su delicadeza), y él se prestó á copiar en limpio algunas de mis producciones. Cada día, al terminar su trabajo tomaba la consabida peseta y se iba haciendo siempre muchos aspavientos de hombre pundonoroso y tratando de pintarme su sentimientos por las molestias que me ocasionaba, por que, eso sí, á cómico y farsante no le ha ganado nadie. Una vez le dije:

—Ya usted á hacer el favor de entregar esta carta al mozo de la esquina para que la lleve á donde indica el sobre,—y le di dos reales para el mandadero.

La carta era para una novia que yo tenía en aquella época, una pobre muchacha muy guapa, pero sin un céntimo, que vivía en Chamberí. Ya le he dicho á usted que contaba entonces veinticuatro años y que atravesaba una crisis de tontería aguda. Además de que hablaba con ella por las noches, habíamos convenido en escribirnos diariamente. Pues verá usted; al otro día, al salir á genio me indicó al despedirse:

—Si tiene usted que mandarme algo al mozo de cuerda, déme lo y se lo entregará.

Le dí la carta y el dinero, y desde entonces, siempre al terminar su labor, antes de marcharse, tomaba la epístola que ya tenía yo escrita y los cuartos para el mandadero.

Al cabo de una semana me dijo:
—He encontrado una ocupación para las tardes, que me produce alguna ganancia. En adelante podrá pasar sin la peseta que ha tenido usted la bondad de darme diariamente hasta aquí, y en cuanto pueda devolveré á usted lo que le debo.

Continué yendo á casa por las mañanas, como de costumbre, y yo seguí dándole la carta en cuestión para que se la entregara al mozo. Efectivamente, al cabo de cierto tiempo me devolvió lo que le había prestado.

Cuatro meses después, paseando con mi novia por la Moncloa, vi que ésta saludaba afectuosamente á un hombre que pretendía ocultarse entre los árboles. A pesar de sus precauciones porque no le viese, le reconocí. Era el poeta en ciernes, mi secretario.

—¿De qué le conoces?—pregunté á la chica.

—De verle en casa cuando me lleva tus cartas. ¿Comprende usted la manía del jovencito? Es decir, que por consideración á ser recomendado de un amigo no le mandaba que llevase por sí mismo billetes amoscosos; y él, que por lo visto no se creía rebajado